

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA  
DE EXTREMADURA  
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES

## BRAEX

(Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras)

Tomo XXII

Año 2014

### DIRECTORA

Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez

### CONSEJO ASESOR

Excmos. Sres.:

D. José Miguel Santiago Castelo, D. Manuel Terrón Albarrán, D. Salvador Andrés Ordax, D. Miguel del Barco Gallego, D. Francisco Pedraja Muñoz, D. Pedro Rubio y Merino, D. Antonio Viudas Camarasa, D. José Miguel de Mayoralgo y Lodo, D. Eduardo Naranjo Martínez, D. Luis García Iglesias, D. José María Álvarez Martínez, D. Feliciano Correa Gamero, D. Antonio Gallego Gallego, D. Francisco Javier Pizarro Gómez, D. Antonio Montero Moreno, D. Gerardo Ayala Hernández, Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez, Dña. Pureza Canelo Gutiérrez.

Correspondencia y suscripciones:

Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras

Palacio de Lorenzana

Apartado de correos 117

10200 Trujillo

Cáceres (España)

Colabora:

Gobierno de Extremadura. Consejería de Educación y Cultura

Maquetación: Docunet *digitalizaciones*

(bartolomemiranda@hotmail.com)

ISSN: 1130-0612

Dep. Legal:

Imprime: Félix Rodríguez, S.L. (Almendralejo)

Printed in Spain.

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA  
DE EXTREMADURA  
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES



**Tomo XXII- Año 2014**

ISSN: 1130-0612



## Índice

*Necrológica: Don Francisco Tejada Vizueté y Don Félix Grande Lara (in memoriam):*

<i>Orción al Cristo del Humilladero. A Francisco Tejada Vizueté</i> JOSÉ MIGUEL SANTIAGO CASTELO.....	11
<i>Félix Grande</i> JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS.....	13
<i>Un olvidado monumento a Montero Ríos en el Colegio de San Clemente de Santiago, obra del escultor Ramón Núñez</i> SALVADOR ANDRÉS ORDAX.....	17
<i>Análisis del Himno oficial de Extremadura</i> MIGUEL DEL BARCO GALLEGO.....	45
<i>Del Positivismo al Ateneo de la Juventud</i> LUIS DE LLERA.....	49
<i>Juan Ramón, Lorca y Naranjo en New York</i> MANUEL PECELLÍN LANCHARRO.....	87
<i>El elemento mágico en la narración de Caballero Bonald</i> MANUEL BERNAL ROMERO.....	104

<i>Sobre los orígenes de la alfarería de Salvatierra de los Barros</i>	
JOSÉ ÁNGEL CALERO CARRETERO Y JUAN DIEGO CARMONA BARRERO.....	125
<i>Apuntes del camino. Dibujos de Alfonso Trajano</i>	
ANTONIO MARÍA FLÓREZ.....	169
<i>El cuerpo de la Guardia Civil y el guardia civil Manuel Gómez Cantos: nuevas aportaciones de un mando polémico.</i>	
FRANCISCO JAVIER GARCÍA CARRERO.....	183
<i>William "Guillermo" Bowles (1714-1780). Un ingeniero irlandés asesor real en la Extremadura del siglo XVIII y su obra "Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España" a los 300 años de su nacimiento.</i>	
ALFONSO DE LAS LLANDERAS LÓPEZ.....	219
<i>La cuestión de Badajoz en los antecedentes de la Guerra Franco-Prusiana de 1870</i>	
JACINTO J. MARABEL MATOS.....	271
<i>La documentación en francés relativa a la Guerra de la Independencia existente en el Archivo Municipal de Cáceres</i>	
SERAFÍN MARTÍN NIETO.....	287
<i>El paraíso por la farmacia. El consumo de opio y haschisch como experiencia de evasión orientalizante en el s. XIX</i>	
JOSÉ RAMÓN SUÁREZ VILLALBA.....	377
<i>La ética como regulación del derecho y la democracia como proyecto ético-político</i>	
JUAN PEDRO VIÑUELA.....	407
<i>Bibliografía</i> .....	463

*El paraíso de la farmacia. El consumo de opio  
y haschisch como experiencia de evasión  
orientalizante en el s. XIX*

JOSÉ RAMÓN SUÁREZ VILLALBA

¡Es la hora de embriagarse!  
Para no ser los esclavos martirizados del Tiempo,  
¡embriagaos sin cesar! De vino, de poesía o de  
virtud, como gustéis.

*Pequeños poemas en prosa. Baudelaire*

Resulta curioso observar lo voluble y cambiante de ciertos pareceres morales con el discurrir del tiempo. Así, tomando como muestra los discursos elaborados en torno a un dominio concreto de la experiencia, a dos momentos históricos separados, podrán corresponder connotaciones morales diametralmente opuestas para un mismo objeto. Esto tan solo hace evidente la complejidad que se esconde tras la aparente obviedad de ciertos juicios y la diversidad de los factores que toman parte y orientan su construcción. Así, para un ciudadano del S. XIX

resultaría ridículo y quizás infundado el concepto moral que en torno a determinadas sustancias “estupefacientes” hemos construido, del mismo modo que a nuestros ojos pudiera mostrarse temerario el uso que de estas mismas sustancias él pudiera hacer. No podemos sin embargo vincular de forma clara cada una de estas opiniones a un menor o mayor uso o abuso de los ya nombrados narcóticos (principalmente hablaremos del opio y el haschisch). Ya se sabe que la prohibición convierte la medida en exceso y que “la ley, hecha para volvernos más justos, no sirve muchas veces sino para hacernos más culpables”<sup>1</sup>. Obviando esto último, podemos apreciar que, separando ambos juicios, un sinfín de acontecimientos y circunstancias de los que no corresponde dar cuenta en este momento han orientado el movimiento de una postura hacia la otra. Sí nos corresponde, sin embargo, ilustrar el contexto en que se ubica la primera de nuestras dos posturas, en el cual tiene lugar la creación de las obras literarias que abordaremos más adelante. Es fundamental entender los procesos políticos y culturales en los cuales están insertas, en tanto son determinantes para valorar con rigor la actitud que nuestros autores muestran ante este marco concreto de la experiencia.

Ya desde comienzos del S. XVIII, una vez desvinculado de ritos heréticos y supersticiones, es poco frecuente encontrar en Occidente quien atribuya al opio, el más común de los narcóticos, rasgos teológicamente sospechosos o efectos esclavizadores para el alma y el cuerpo. No así en el caso del haschisch y otras sustancias inductoras de “viaje”, con las cuales occidente está menos familiarizado y que son vincu-

---

<sup>1</sup> MONTESQUIEU, Ch. de S. *Cartas Persas*. Madrid, Losada, 2008, pág. 143. Montesquieu introduce tal afirmación en una de sus cartas cuando la efectividad de la prohibición de licores en el Islam es cuestionada.



ladas a la otredad oriental. Se considera el opio, hasta la irrupción de la morfina, la droga de los pudientes más que de los pobres y es por todos sabido que la única precaución requerida en su uso es una adecuada dosificación. Por descontado existen individuos con un hábito indudablemente desmedido, (Goya y Walter Scott llegaron a consumir ochocientas gotas diarias de láudano, cantidad fácilmente letal), y si la historia no los conserva a título de escándalo es porque “el concepto de toxicómano sólo existía para el conjunto de alcohólicos crónicos, acogidos por la beneficencia pública”<sup>2</sup>. Aunque era conocido su carácter psicoactivo, se sobreentendía que estas sustancias se consumían como un modo de evitar molestias y sentirse mejor. Quien las usaba más desordenadamente y daba muestras de necesitarlas más, cosa extraña, procuraba que esta circunstancia anormal no recibiese publicidad. Entre algunos de sus más ilustres usuarios podemos nombrar a Catalina de Rusia o Federico II de Prusia, María Teresa de Austria, Luís XIV, Luís XV, Luís XVI, etc. Sin embargo desde comienzos del S. XIX se produce una cierta democratización de la sustancia, derivada a partes iguales de los vastos cultivos coloniales y sus casi ilimitadas extensiones, los progresos químicos que a lo largo del siglo permitirán aislar los agentes psicoactivos presentes en la adormidera y otras plantas tradicionalmente utilizadas con fines medicinales y la definitiva desarticulación de autoridad y clero que caracterizó el antiguo régimen y que aun entonces dejaba ver sus últimas muestras.

Desde principios del siglo XIX se observa un interés extraordinario por toda suerte de fármacos psicoactivos, en lo cual no sólo influyen

---

<sup>2</sup> ESCOHOTADO, Antonio. *Historia de las drogas*, Vol. 2, Madrid, Alianza, 1997, pág.32.

químicos, farmacéuticos y médicos sino literatos, filósofos, políticos y artistas. Se produce un encuentro entre las necesidades de unos con las posibilidades generadas por otros. La constitución americana, (1787), excluye cualquier tipo de censura y herejía, hechicería y otros supuestos crímenes ya no son considerados delitos. Las leyes se hacen para protegernos de otros, no de nosotros mismos, eliminando cualquier rastro doctrinal del Estado.

“El renacido laicismo entiende que cualquier fármaco que influye sobre el ánimo alberga en potencia un conocimiento sobre el sistema nervioso, y ahora apasiona lo fisiológico del espíritu. Se entiende que el estado de vigilia rutinaria constituye sólo un tipo de conciencia y que conviene explorar todos los posibles (...) Junto a la esperanza de drogas cada vez más eficaces, se perfila el proyecto de conseguir someter el ánimo en general a la voluntad, disponiendo del sistema nervioso propio como un pianista dispone de su teclado”<sup>3</sup>.

Estas expectativas de control anímico, afines en cierto modo a las expectativas de control hereditario que alimenta la actual ingeniería genética y de resonancias ciertamente prometeicas, se verán alentadas por los constantes avances en química orgánica y neurofarmacología.

“Un conjunto de psicofármacos cada vez más sutiles equivale a una posibilidad de modular cada vez más las emociones y la conciencia, co-

---

<sup>3</sup> *Ibíd*, pág. 38.

sa que el médico y el científico novecentista entienden como el mejor apoyo concebible a la voluntad y el intelecto del individuo"<sup>4</sup>.

Los logros científicos sumados a la demagogia comercial, reavivan la antigua idea del fármaco perfecto, encarnada por sucesivas sustancias que laboratorios y médicos irán presentando como panaceas universales sin coste psicofísico para sus usuarios.

Desde la antigüedad el hombre se había servido de fármacos en estado impuro, usando aquellas plantas en las que estaban presentes, pero el descubrimiento de fármacos puros, (morfina en 1806, codeína en 1832, cafeína en 1841, cocaína en 1860 o heroína en 1883, por nombrar algunos), supone un salto cualitativo y cuantitativo (en un pequeño cargamento de heroína o cocaína podían acumularse hectáreas de cultivos) en su distribución y consumo. Es precisamente la incapacidad de la química decimonónica de aislar el principio activo presente en el haschisch, lo que determinará, entre otros factores de carácter cultural, la lenta aceptación y asimilación social de la sustancia y la reducción de su consumo a círculos muy específicos. Aunque la escasa toxicidad del fármaco llama la atención de algunos expertos, las enormes variaciones del potencial activo presente en plantas de similar aspecto lleva al boticario decimonónico a desconfiar de él y a despreciarlo como "una droga impura y tosca, cuyo uso está obviamente excluido de la terapia civilizada"<sup>5</sup>, un recurso de "razas pueriles", como se llama por entonces a los pueblos colonizados. Y es que el aislamiento de los ya mencionados alcaloides resultó crucial en tanto que permi-

---

<sup>4</sup> *Ibíd*, pág. 41

<sup>5</sup> ANDREWS, G. y VINKENOOG, S. *El libro de la yerba*. Madrid, Anagrama, 1977, pág. 54.

tió olvidar las “incertidumbres derivadas de concentraciones desiguales en plantas de la misma especie, pues la pureza permitía dosificar exactamente, multiplicando los márgenes de seguridad para el usuario, Además, en las plantas con varios principios activos podía separarse lo naturalmente unido, y usar cada elemento con independencia de los otros”<sup>6</sup>. Teniendo en cuenta todo lo dicho, podemos afirmar que en menos de un siglo el trabajo de la química orgánica había hecho más que en toda la historia universal previa.

La irrupción de la morfina y la heroína conllevan profundos cambios en la sociología del consumo. Además del considerable aumento que acarreará su uso abusivo en el campo de batalla (ambas fueron usadas no sólo para apaciguar el sufrimiento de los soldados, sino también para inspirarles bravura, de un modo curiosamente parecido al uso del opio por parte de los jenízaros y demás tropas turcas) de los casos de dependencia artificial o “*army disease*” tras la Guerra de Secesión Americana (1861-65) y las contiendas franco-prusianas de 1870, se observa una variación en la correspondencia entre grupos sociales y sustancias. Si antes el opio parecía reservado a ciertas élites, ahora su consumo se da principalmente entre dos grupos sociales muy distintos entre sí. Por un lado un grupo formado por las amplias masas de proletarios que ante la demanda de mano de obra inundan las capitales. El propio Quincey afirma:

“En Manchester varios fabricantes de telas comunican que sus obreros son muy aficionados al opio hasta el punto de que los sábados por la tarde los mostradores de las boticas estaban cubiertos de píldoras en

---

<sup>6</sup> ESCOHOTADO, A., ob., cit., pag 48.

previsión de la demanda esperada (...) La causa inmediata de tal costumbre eran los bajos salarios, que no permiten a los obreros regalarse con cerveza y licores”<sup>7</sup>.

El otro grupo corresponde a lo que el mismo Quincey denomina “hombres distinguidos por su talento o situación eminente” y abarca sobre todo a escritores, filósofos y artistas. En los salones más elegantes sin embargo, se observa una súbita fiebre por “el pinchazo”. A mediados de siglo el médico A. Wood, tratando de encontrar un modo de calmar los dolores de su esposa, enferma de cáncer y a la postre primera morfinómana víctima por sobredosis intravenosa, crea la aguja hipodérmica, la cual permite administrar la sustancia de un modo directo, aumentando la eficacia y rapidez de sus efectos. Esto último, unido a la imagen elegante y sofisticada con que se reviste este ritual (se diseñan jeringuillas personalizadas que las damas más aficionadas suelen esconder en sus manguitos durante las visitas, para así no perder ninguna de sus dosis) y al desprestigio que para el opio supone su consumo en sectores marginales y la aparición de textos apologeticos como el de Quincey o Baudelaire, hace que entre la élite social y la farándula del espectáculo el consumo de morfina y heroína ocupe un lugar preferente. Será en Francia donde se dé un mayor índice de consumo sustuario, dentro de un gusto por lo decadente que se evidencia en las colas formadas en los más elegantes salones para ser inyectado, “que

---

<sup>7</sup> DE QUINCEY, Thomas. *Confesiones de un inglés comedor de opio*. Madrid, Alianza, 2008, pág. 64.

guarda analogías con el culto ceremonial a la aguja de nuestro tiempo, aunque actualmente acontezca entre desheredados”<sup>8</sup>.

Podría parecer que en pleno S. XIX la sociedad al completo estaba narcotizada, pero lo cierto es que del mismo modo que anteriormente en toda casa podían encontrarse licores, tes opiados para el insomnio o láudanos para la tos, la morfina, la heroína o la cocaína eran productos comunes en el hogar acomodado y se comercializaban libremente como remedios definitivos frente a la tos, la tristeza o incluso la dependencia a otras sustancias como el alcohol o el opio. La posibilidad de tal difusión viene marcada por la enorme confianza depositada en la época sobre los logros del progreso y la investigación científica, la evidente falta de escrúpulos por parte de las empresas comercializadoras (es difícil aceptar que Bayer, que poseía la patente sobre la acetilmorfina o heroína, no llegase durante sus investigaciones a indicios que desvelasen que se trataba de una sustancia no sólo de cinco a ocho veces más activa que la morfina, sino también notablemente más tóxica y generadora de una precoz dependencia) y por supuesto el florecimiento de un mercado para los vastos imperios coloniales en los cuales el cultivo y exportación de adormidera suponía uno de los más lucrativos negocios.

En este último sentido el caso de la India resulta paradigmático y se encuentra estrechamente vinculado al conjunto de conflictos militares conocido como Guerras del Opio entre China e Inglaterra (también Francia tomaría parte en la segunda Guerra del Opio). Debido a la enorme demanda de opio del gigante asiático, los portugueses primero

---

<sup>8</sup> ESCOHOTADO, A., ob., cit., pág 51.

y más tarde los ingleses, habilitaron en la India extensísimas plantaciones para practicar una agricultura intensiva de adormidera. A pesar de la inferior calidad del opio indio con respecto al producido en Asia Menor, el negocio resultaba formidable gracias al elevado volumen de producción. Pronto de los cultivos se obtienen millones de kilos cuyo precio no tiene competidor posible y que abastecen tanto a China como a Indochina, Ceilán, Java, Sumatra, Malasia, etc. Si contamos con que parte de la producción llegaba también a Europa y América, podemos decir que la India llegó a abastecer a más de medio planeta en un breve periodo de tiempo.

Durante milenios ninguna fuerza armada europea había rozado siquiera los dominios del Imperio Chino que, relativamente protegido por obstáculos naturales de los “bárbaros del oeste”, había procurado mantener abiertas las rutas comerciales terrestres. Sin embargo ahora, la apertura de rutas marítimas y el poderío militar occidental acercaban alarmantemente los hasta entonces aislados extremos del mundo. El problema del opio con China tiene su origen en un conflicto mercantil. Como explica Escotado, cuando dos pueblos comercian intercambiando mercancías saldrá mejor parado del trueque aquel que obtenga bienes de valor más duradero. Para el Imperio Chino resultaba desolador ver como sus cargamentos de especias y balas de seda se veían reducidos a licores, tabaco y opio, mercancías que aunque de amplia aceptación entre el pueblo no redundaban en un enriquecimiento de las arcas imperiales.

“Esto explica que desde 1300 en adelante todas las casas imperiales impidan trueques con bienes de perecimiento rápido. La dinastía Yuan fue la primera en establecer prohibiciones que tuvieron por objeto

aguardientes occidentales. La dinastía Ming prohibió el tabaco, considerando que en evanescente humo se desvanecían” su riquezas. “La dinastía manchú, tercera y última, prohibirá la importación de otra mercancía inmediatamente perecedera como el opio”<sup>9</sup>.

Estas sucesivas medidas, que en un principio suscitaron el florecimiento de un provechoso mercado negro para los contrabandistas británicos y un gran beneficio para la East India Co. que operaba a través de ellos, resultaron fatales a sus intereses cuando derivaron en acciones más contundentes por parte del Imperio oriental. Al ver amenazados sus intereses y tras ciertos incidentes violentos contra contrabandistas ingleses que derivaron en la incautación y destrucción por el Alto Comisario chino Lin de unas veinte mil cajas de opio (1.360.000 kilos), el Imperio Británico declara la guerra por “un intolerable atentado contra la libertad de comercio”.

Se sucederá una serie de sangrientos enfrentamientos, en los cuales el ejército chino se ve impotente ante el poderío británico y cuya descripción excede la atención que aquí podemos otorgarle. Si resulta curioso detenerse a observar las consecuencias de este conflicto en tanto que fueron determinantes en el nacimiento de nuevas iniciativas prohibicionistas y el auge de otras ya existentes. Si bien el fin de las hostilidades resultó en la cesión a Inglaterra de Hong Kong y Amoy y la apertura de varios nuevos puertos al libre comercio, también supone la legalización de las importaciones de opio, lo cual frenó el auge del provechoso mercado negro con la imposición de aranceles. Fumar opio en China además, ya no supone un signo de rebeldía ante la opresión

---

<sup>9</sup> ESCOHOTADO, Antonio, ob., cit., págs. 24 y 25.



manchú tras la legalización. Más allá, se vincula a los bárbaros invasores, lo cual merma considerablemente la asiduidad en fumadores y por tanto el crecimiento de las exportaciones británicas. “El mazazo definitivo a los intereses de la East Company Co. se produjo en 1880, cuando el emperador imprimió un giro radical a su política” y “habilitó grandes extensiones situadas al suroeste, en Szechuán”<sup>10</sup> destinadas al cultivo de adormidera. “Para 1890 el país producía el 85 por 100 de su demanda interna, y la East India Co. empezó a temer que el antiguo importador se convirtiera en exportador”<sup>11</sup>.

Curiosamente, en unos pocos años y tras verse drásticamente reducido el viejo negocio británico, el Parlamento declara en Londres el tráfico de opio con destino a fumadores “una empresa moralmente injustificable” al tiempo que Estados Unidos, que comienza a posicionarse como futura gran potencia y que había dado lugar a las primeras corrientes prohibicionistas, convoca una conferencia internacional sobre el opio “para ayudar al pueblo chino”, a la que Inglaterra se une con presteza. Las dos potencias ejercen conjuntamente un freno ante las perspectivas expansionistas de los cultivos chinos, pensando en la apertura de posibles nuevos mercados. Pero esto por supuesto, es otra historia.

---

<sup>10</sup> HAYFORD, C. W. "Draft Bibliography of American-East Asian Relations", en *Journal of American-East Asian Relations*, recurso online 1999.

<sup>11</sup> *Ibíd.*

El pájaro que planea al fondo del azur  
representa primero el inmortal deseo de  
planear por encima de las cosas humanas;  
pero pronto sois el pájaro mismo.

*Los paraísos artificiales.* Baudelaire

En pleno siglo XIX, cuando el colonialismo europeo alcanza su máximo esplendor, ven la luz una serie de escritos, manifestaciones plásticas, musicales etc. que aúnan las ansias libertarias y expansionistas propias del espíritu romántico<sup>12</sup>, deseoso de transgredir los límites marcados, con un renovado interés por lo oriental evidentemente propiciado por la expansión imperial. Este fecundo grupo de manifestaciones culturales que el vago término de orientalismo acoge en su seno (tan vagos son sus límites como los del propio concepto de lo oriental construido desde occidente, que en palabras de Said “designaba Asia o el Este desde un punto de vista geográfico, moral y cultural”) nace de la convergencia de la experiencia colonial y del acercamiento que traerá consigo del mundo “civilizado” a culturas “bárbaras”, con el agitado espíritu heredero de la revolución francesa, que cristalizará en sucesivos levantamientos en Europa a lo largo del siglo.

Esta amplia presencia de imaginarios importados del este en la cultura decimonónica da cuenta de la fascinación que sobre el sujeto eu-

---

<sup>12</sup> A lo largo del texto citaremos a autores decimonónicos que comparten su vinculación con la experiencia estupefaciente y oriente. Soy consciente de la marcada diferencia entre autores como Quincey o Coleridge, plenamente románticos, y Baudelaire o Gautier, ubicados en corrientes posteriores. Si se advierte cierta laxitud en la utilización del término romántico, nótese que nos referimos a ciertas características que entendemos se mantienen vigentes a lo largo de todos ellos.

ropeo ejerce “lo oriental”, esa suerte de clichés y construcciones sincréticas que en la Europa de entonces se ha constituido como una rama del conocimiento abordada por eruditos y estudiosos.

Si “conocimiento significa elevarse por encima de las contingencias, salir de uno mismo y alcanzar lo extraño y lo distante”, el objeto de un conocimiento, en este caso oriente, “está expuesto por naturaleza a que se proceda a su verificación; es una realidad (...) Conocer así un objeto es dominarlo, tener autoridad sobre él, y autoridad aquí significa para nosotros negarle autonomía –al país oriental–, porque nosotros lo conocemos y, en cierto sentido, existe tal y como nosotros lo conocemos”<sup>13</sup>.

Desde esta perspectiva podría parecer irrelevante si las mitologías que se construyeron en torno a lo oriental tenían su correlativo en la realidad. El trabajo de todos los autores que miraron hacia el Este contribuyó a “orientalizar” el propio oriente, a construirlo a su antojo, haciendo de él la proyección de sus anhelos y temores latentes, una quimera acorde a la exaltación y desmesura del espíritu romántico. Resulta esclarecedor comprender, que a este inventar al otro va unido un ejercicio de definición y revelación del sesgo más oculto de la propia cultura, en un esquema de oposición binaria con el propio objeto de conocimiento. “La imagen cultural resultante no es una estructura estable y sin contaminaciones, sino un proceso de sincretismo”<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> SAID, Edward W. *Orientalismo*. Madrid, Libertarias, 1990, págs. 54 y 55.

<sup>14</sup> QUEROL SANZ, J. M. *Del burgués perdido al inmigrante desorientado, o de Pierre Loti a Michel Tournier. Notas sobre literatura colonial en Volubilis* n. 10, 2002, pág. 107.

No debería extrañarnos, tras haber hablado del uso y lugar social que ciertos estupefacientes ocupaban entonces, que su consumo fuese habitual entre muchos literatos de la época. Haciendo un listado poco exhaustivo podríamos nombrar a Byron, Shelley, Scott, Keats, Goethe, Novalis, Coleridge, Wordsworth, Quincey, Jovellanos, Baudelaire, Nerval, Gautier, Loti, Pushkin, Tolstoy o Dostoyevski. A todos ellos puede atribuirse un consumo más o menos frecuente de opio o haschisch. Por supuesto la cocaína y otros narcóticos como el cloroformo o el éter estaban presentes en las facturas de muchos de ellos, pero nos ceñiremos a estos dos ya que en palabras de Baudelaire:

“entre las drogas más idóneas para crear lo que yo denomino el Ideal Artificial, dejando a un lado los licores, que empujan rápidamente al furor material y que abaten la fuerza espiritual, y los perfumes, cuyo uso excesivo, al tiempo que vuelve la imaginación del hombre más sutil, agota gradualmente las fuerzas físicas, las dos sustancias más enérgicas, aquellas cuyo empleo es más cómodo y está más a mano, son el hachís y el opio”<sup>15</sup>.

Su habitual uso no resulta llamativo, en tanto el acceso a estas sustancias y su consumo era común en la época (en el marco occidental, en mayor medida el opio que el haschisch). Lo que sí resulta significativo es el sesgo ritual que con frecuencia envuelve su consumo, las constantes metáforas y alusiones que vinculan ambos dos a la otredad colonial y los evidentes paralelismos entre la experiencia narcótica y las descripciones de sus efectos y los clichés e imaginarios orientales

---

<sup>15</sup> BAUDELAIRE, Charles. *Los paraísos artificiales*. Madrid, Valdemar, 2013, pág. 16.

más comunes. En torno al fármaco se genera un entramado de significaciones estrechamente vinculado a los deseos de evasión decimonónica a través de lo oriental. Podríamos decir que la experiencia del consumo del opio y el haschisch para ciertos autores y su posterior registro literario se presenta como paradigma del deseo de escapar a la ortodoxia y rigidez occidentales y que en su trasfondo indudablemente encontramos la atracción y el temor que “lo oriental” ejerce sobre ellos.

Más allá de la evidente vinculación por su origen, (ya apuntamos en la introducción que tanto los cultivos de adormidera como de cáñamo constituyeron un estimable negocio para las colonias de oriente, si bien el cáñamo comenzó ya en el siglo XVIII a cultivarse con éxito en América), todo el contexto que rodea el consumo y disfrute de estas sustancias se ve revestido por un velo de exotismo y fantasía oriental. Occidente estuvo desde antiguo familiarizado con el opio, una de las más excelsas sustancias de la farmacopea europea, alivio de mil males. Pero aunque su consumo tenía gran arraigo, no es hasta el siglo XIX cuando empiezan a proliferar de un modo sorprendente fumaderos, (con anterioridad era más habitual ingerir el grano o bien consumirlo en forma de láudano), que simulan ambientes orientales, reproduciendo estéticas descritas en textos literarios y otras fuentes de la época. Con el apogeo de las economías coloniales se incrementa la circulación de chinoiserías y demás artículos de estética orientalizante y es común encontrar salones decorados al estilo de Saigón en París o con motivos de la India en Londres, a los que caballeros y damas acuden a fumar entre pipas y otros artículos importados para satisfacer sus deseos de reproducir los escenarios que pueblan sus fantasías. El propio Gautier, cuando relata los encuentros en los que se reunían para consumir este “extraño manjar”, nos habla de “cuencos de porcelana del Japón”, “co-

jines de Marruecos” o cenas servidas con vajillas en las que “China, Japón, (...) tenían allí muestras de sus más bellas pastas y de sus colores más ricos”<sup>16</sup>.

El fármaco es referido con metáforas de un exotismo indudable cuando, por ejemplo en los *Suspiria* de Quincey, este habla de una “postración ante el oscuro ídolo” refiriéndose al opio como a una siniestra y desconocida presencia mitológica. Pero donde sin duda quedan más explícitamente unidos la experiencia estupefaciente y la decadente fantasía posromántica es en los escritos en que tanto Baudelaire como Gautier relatan las reuniones del Club des haschischiens, celebradas en el Hotel Pimodan, residencia de Baudelaire y del pintor Boissard de Boisdenier, en una atmósfera de interés científico, iniciación ritual y débauche. Estas veladas, a las que se sumaban personajes tan ilustres como los ya mencionados o Balzac, Delacroix, Hugo, Dumas, Nerval... fueron inauguradas por el médico J. Moreau de Tours, que tras la breve prohibición que en Egipto decretó el entonces general Bonaparte sobre el cáñamo, se interesa por los efectos y virtudes que pueden derivarse de esta planta. “Desde 1840 usa el fármaco en el hospital psiquiátrico de Bicêtre” desarrollando ciertas “experiencias con otros, y autoengaños, que desembocaron algo más tarde en un libro donde postulaba una nueva concepción de la enfermedad mental, sugiriendo el empleo del cáñamo para provocar psicosis de laboratorio”<sup>17</sup>. Es Moreau quien introduce en Francia el dawamesk “una mezcla de extracto graso, de azúcar y de diversas plantas aromáticas como vainilla, canela, pistachos, almendras, almizcle (...) bajo esta nueva

---

<sup>16</sup> GAUTIER, Theophile. *El club de los hachichinos*. Barcelona, SD Edicions, 2013, págs. 21-24.

<sup>17</sup> ESCOHOTADO, Antonio, ob. cit., pág. 96.

forma, el hachís nada tiene de desagradable, y se puede tomar en dosis de 15, 20 y 30 gramos, bien enrollado en una hoja de pan ácimo, bien en una taza de café”<sup>18</sup>. Las reuniones son de un evidente carácter litúrgico y en ellas Moreau, maestro de ceremonias, prepara para sus fieles seguidores la dosis que a cada cual corresponde advirtiéndoles “esto os será descontado de vuestra parte de paraíso”<sup>19</sup>.

La historia a la que alude el nombre del grupo, que los autores encuentran en los escritos de Marco Polo, evidencia ya desde un principio la atmósfera ancestral y mítica en que los asistentes desean verse inmersos. Así, nos cuentan Gautier y Baudelaire:

“Antiguamente existía en Oriente una orden de sectarios temibles, mandada por un jeque que tomaba el título de Viejo de la Montaña, o príncipe de los asesinos. Este Viejo de la Montaña era obedecido sin réplica; (...) ¿Por qué artificios obtenía el Viejo de la Montaña una abnegación tan completa? Por medio de una droga maravillosa cuya receta poseía”<sup>20</sup>.

El jeque “encerraba en un jardín lleno de delicias, tras haberlos embriagado de haschisch (de ahí Haschischiens, o Asesinos) a sus discípulos más jóvenes a quienes quería dar una idea de paraíso, recompensa vislumbrada, por así decir, de una obediencia pasiva e irreflexiva”<sup>21</sup>.

---

<sup>18</sup> BAUDELAIRE, Charles, ob., cit., págs. 20 y 21.

<sup>19</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pág. 32.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, pág. 14.

<sup>21</sup> BAUDELAIRE, Charles, ob., cit., pág. 18.

Con estos antecedentes unidos a la desbordante imaginación y voluntad de evasión de los asistentes, potenciadas por supuesto por los efectos del “exquisito manjar” en torno al cual se reúnen, la velada adquiere tintes dramáticos y torna en escenificación, un juego de máscaras en el cual el aburrido europeo burgués puede abandonar su encorsetado personaje para reencarnarse en la figura de un marajá, un artista faquir o una oscura y ancestral deidad india, abandonando las occidentales molduras cartesianas en busca de subjetivaciones que den alas a sus ansias de expansión. Este evidente gusto por el disfraz y la mascarada encuentra su paralelo en la difundida afición, cultivada con frecuencia por muchos autores, por retratarse personificados en la figura de estereotipos y personajes históricos del Oriente. Así, cuando Gautier camina hacia el Hotel Pimodan, en un brote de excitación se dice a sí mismo:

“Nada en mi aspecto perfectamente burgués hubiera podido hacer sospechar ese exceso de orientalismo; yo parecía más bien un sobrino que va a cenar a casa de su vieja tía que un creyente a punto de degustar las delicias del cielo de Mohamed en compañía de doce árabes, franceses a más no poder, (...) invitados melencólicos, barbados, mostachudos o tonsurados de una forma singular, blandiendo dagas del siglo XVI, kris malayos, navajas e inclinados sobre alimentos a los que presentaban apariencias sospechosas los reflejos de lámparas vacilantes”<sup>22</sup>.

Todos en sus reuniones forman parte del juego, que se va intensificando a medida que la sustancia hace su efecto ante los ojos del “vi-

---

<sup>22</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pág.11.



dente”, el adepto sobrio que presencia todo el proceso. “¡Corta velada de embriaguez santa! Aún cuando sólo fuera por la máscara con que nos has recompensado, ¡Te afirmamos!”<sup>23</sup>. La embriaguez da paso a la ensoñación y esta toma la forma de un juego de espejos que devuelve a los asistentes una imagen trastocada e idealizada en la figura del otro oriental. Así en un intervalo de tiempo indefinido el enajenado puede verse como “esos príncipes encantados de Las Mil y una noches”, “un ídolo hindú o javanés (...) de color de índigo, como Shiva, el dios azul” o el mismo “loro de la reina de Saba, amante del difunto Salomón”<sup>24</sup>. También en Quincey encontramos un juego de identidades similar, aunque en este caso teñido por un matiz más oscuro, siniestro y ancestral, que poco tiene que ver con el colorido y sensualidad del relato de Gautier.

“Yo era ídolo; yo era sacerdote; yo era adorado; yo recibía sacrificios. Yo huía de la cólera de Brahma a través de todos los bosques del Asia; Vishnú me odiaba; Siva me tendía una emboscada. De repente caía en Isis y Osiris; decían que había hecho algo, que había cometido un crimen que hacía estremecerse al ibis y al cocodrilo. Estaba sepultado durante un millar de años en ataúdes de piedra, con momias y esfinges, en celdas estrechas en el corazón de eternas pirámides”<sup>25</sup>.

Las palabras de Quincey pueden recordarnos la “deificación” que según Baudelaire, que carga su discurso de censura moral y amargas consecuencias, la experiencia narcótica ejerce sobre el hombre: “los

---

<sup>23</sup> RIMBAUD, Arthur. *Iluminaciones*. Madrid, Devenir 2006, pág. 93.

<sup>24</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pág. 16 y 21.

<sup>25</sup> DE QUINCEY, Thomas, ob., cit., pág. 115.

personajes de la antigüedad, vestidos con sus ropas sacerdotales o militares, intercambian con vosotros, mediante la simple mirada, solemnes confidencias”, siente surgir en sí “una maravillosa aptitud para comprender el ritmo inmortal y universal” y “ bajo el imperio del veneno, mi hombre se hace pronto centro del universo”<sup>26</sup>. Sin embargo la plenitud alcanzada es breve y a ojos del poeta los vergonzosos placeres de la farmacia aseguran al que se vale de ellos un lamentable desenlace: “el hombre ha querido ser Dios, y ahí lo tenemos caído, en virtud de una ley moral incontrolable”<sup>27</sup>. Resulta paradójica la actitud de Baudelaire, que a pesar de su evidente afición por el consumo de todo tipo de estupefacientes, coherente con su estilo de vida decadente, deja relucir su profundamente inculcada moral católica (de lo cual Flauvert, tras leer sus *Los Paraísos Artificiales* dará cuenta en una carta al autor): “confieso que los venenos excitantes no sólo me parecen unos de los más terribles y seguros medios de que dispone el Espíritu de las Tinieblas para enrollar y esclavizar a la deplorable humanidad, sino incluso una de sus encarnaciones más perfectas”<sup>28</sup>.

Esta transfiguración del cuerpo, encarnación en ancestrales figuras, evidencia que la experiencia estupefaciente es una vía de escape de un paradigma cultural que impone límites a un espíritu que desea sublevarse, expandirse, en el caso del sujeto romántico, o para un ser contagiado por el abatimiento crónico del ennuí, en el caso de los autores posteriores al romanticismo pero que aun conservan la apetencia por lo oriental y buscan en el opio y el haschisch “su efecto acostumbrado,

---

<sup>26</sup> BAUDELAIRE, Ch., ob., cit., pág. 53.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, pág. 65.

<sup>28</sup> BAUDELAIRE, Ch., ob., cit., 51.

que es revestir todo el mundo exterior de una intensidad de interés”<sup>29</sup>. En ambos casos se trata de una huida imposible, pues en última instancia es de sí mismo de quien intenta zafarse quien recurre a los artificios de la farmacia. El europeo que acude al opio o el haschisch desea verse “liberado de sí, ese odioso testigo que os acompaña por todas partes”<sup>30</sup>, es el sujeto en el doble sentido que refiriera Foucault, sometido mediante control y dependencia y “preso de la propia identidad mediante conciencia y autoconocimiento”<sup>31</sup> que ansía cortar sus cadenas, ser un otro, sentirse ausente de su presencia, libre de sí. Este sujeto es “el hombre que trata de aflojar cuanto puede los lazos que retienen el alma al cuerpo, y como el éxtasis no está al alcance de todas las naturalezas, bebe alegría, fuma olvido y come locura”<sup>32</sup>.

En el proceso de este viaje a identidades otras, (y como “largo y singular viaje” o “expedición aventurada” lo refieren a menudo los autores), se abren al viajero toda suerte de parajes extraños y maravillas inauditas, lugares distantes en el espacio y el tiempo que trae consigo la embriaguez, que se figura “como un país prodigioso, un basto teatro de prestidigitación y escamoteo, donde todo es milagroso e imprevisto”<sup>33</sup>. Así, si Pierre Loti hablaba en los diarios de sus viajes de paisajes y construcciones que excedían en su imponentia y extrañeza los límites de la imaginación, (“para mis ojos de occidental, lo que se desprende de todas estas cosas muertas es sobre todo una impresión

---

<sup>29</sup> POE, Edgar Allan *Cuentos Completos*. Madrid, Losada, 2010, pág. 541.

<sup>30</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pág. 32.

<sup>31</sup> FOUCAULT, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Madrid, Paidós Ibérica, 2001, pág. 107.

<sup>32</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pág.37.

<sup>33</sup> BAUDELAIRE, Ch., ob., cit., pág. 23.

de algo incomprensible y desconocido”<sup>34</sup>), bajo los efectos psicoactivos del opio o el haschisch nuestros autores se ven rodeados por “sorprendentes y monstruosas arquitecturas, (...) semejantes a esas construcciones movedizas que el ojo del poeta percibe en las nubes coloreadas por el crepúsculo”<sup>35</sup>.

Así Coleridge, en un sueño inducido por el opio, vislumbra el maravilloso palacio de Kubla Khan en Xanadu (“¡Un lugar salvaje! Tan santo y tan encantado”) y tras despertar corre presto en busca de papel y tinta por miedo a poder olvidarlo; Poe lleva a su opiómano protagonista en Un cuento de las montañas escabrosas a “una ciudad de apariencia oriental, como las que conocemos por las Mil y una noches, pero más singular aún que las allí descritas”<sup>36</sup>; Quincey viaja en sus Suspiria a la mítica ciudad de Savannah-la-Mar asistido por el opio que construye “en el seno de las tinieblas, con los materiales imaginarios del cerebro, con un arte más profundo que el de Fidias y Praxíteles, ciudades y templos que superan en esplendor a Babilonia y Hekatompilos; y del caos de un sueño lleno de pesadillas evocas a la luz del sol los rostros de bellezas hace tiempo sepultadas”<sup>37</sup>; para Gautier “la realidad no servía más que de punto de partida a las magnificencias de la alucinación”, “a mi alrededor, se producían (...) arabescos, ramajes renovados constantemente”<sup>38</sup>; Baudelaire trascribe el testimonio que de su embriaguez da una dama:

---

<sup>34</sup> LOTI, Pierre. *Peregrino de Angkor*. Barcelona, Terra Incognita, 2000, pág. 83.

<sup>35</sup> DE QUINCEY, Thomas, ob., cit., pág. 107.

<sup>36</sup> POE, Edgar Allan, ob., cit., pág. 545.

<sup>37</sup> DE QUINCEY, Thomas, ob., cit., pág. 98.

<sup>38</sup> GAUTIER, Theophile, ob., cit., pag 28.

“Quedé muy asombrada al ver extenderse ante mí, a mi lado, por todas partes, grandes espacios; eran ríos límpidos y paisajes verdeantes mirándose en las aguas tranquilas (...) Al levantar los ojos, vi un crepúsculo semejante a metal en fusión que se enfría, (...) en medio de aquellos paisajes mágicos, entre aquellos horizontes maravillosos. (...) Por encima de mi cabeza cotejaban pájaros brillantes de los trópicos, (...) monos que brincaban y sátiros bufones parecían divertirse”<sup>39</sup>.

La descripción de magníficos escenarios que toman forma durante la embriaguez es una constante presente a lo largo de toda la literatura vinculada al tema. Especialmente recurrente es la identificación de estos espacios con el paraíso. Baudelaire habla de “crear el paraíso por la farmacia” o “ganar el paraíso de un golpe”, lo cual resulta muy significativo si tenemos en cuenta que los estudios y divagaciones en torno a la localización del jardín del Edén lo situaban a lo largo del curso de las grandes corrientes del Tigris y el Éufrates, en Asia occidental, en “la tierra de Sinar” o Babilonia. La representación de Oriente como cuna de la humanidad y oscuro origen del que emergió la civilización occidental es por todos compartida y su peso se dejará notar sobre los estudios y aproximaciones a las culturas del Este (no olvidemos el entusiasmo de Sir William Jones ante el sánscrito). De este modo, si cuando Loti recorre las colonias francesas de Indochina se maravilla al descubrir en sus paisajes “una visión intacta de las antiguas épocas de Asia, que nos esperaba en el silencio de este lugar”<sup>40</sup> y en sus gentes cree ver “ese ingenuo ir y venir” que “parece una escena de las edades antiguas en

---

<sup>39</sup> BAUDELAIRE, Ch., ob., cit., pág. 44.

<sup>40</sup> LOTI, Pierre, ob. cit., pág. 97.

las que todavía tenía el hombre tranquilidad”<sup>41</sup>, en Quincey encontramos un paralelismo cargado de tintes siniestros cuando, al relatar sus viajes asistido por el opio a lejanas tierras orientales, nos dice que Asia, “sólo como cuna del género humano debe de exhalar no sé qué vaga sensación de espanto y de respeto”, “la antigüedad de las cosas de Asia, de sus instituciones, de sus anales, de los modos de su fe, tiene para mí algo tan chocante, la vejez de la raza y de los nombres algo tan dominador, que basta para aniquilar la juventud del individuo. Un joven chino me parece un especie de hombre antediluviano”.<sup>42</sup>

Los nativos de las colonias se muestran a sus ojos como “una menuda humanidad infantil y ya avejentada que no ha evolucionado mucho desde tiempos del ancestro prehistórico, y a la que la poderosa flora tropical oculta desde hace siglos entre sus hojas”<sup>43</sup>, hombres que por su apariencia ancestral representan para ellos el rastro de un origen incierto que cristaliza en el mito del buen salvaje, un cliché que occidente proyectará sobre civilizaciones que “han recibido poco amaramiento del espíritu humano y se hallan muy próximas a su candidez original”<sup>44</sup> y en las que cree hallar un feliz estado de naturaleza presocial, ajeno a los sinsabores del hombre civilizado. La naturaleza original del hombre es bondadosa, la corrupción se origina en su encuentro con lo social.

El planteamiento rousseauiano desarrollado en *Emile* o de la educación, que ejerció una profunda influencia en la febril imaginación de los románticos, supone que para regenerar al hombre hay que librarle

---

<sup>41</sup> *Ibíd.* pág. 34.

<sup>42</sup> DE QUINCEY, Thomas, *ob.*, *cit.*, pág. 102

<sup>43</sup> LOTI, Pierre, *ob.*, *cit.*, pág. 16.

<sup>44</sup> MONTAIGNE, Michel de. *Ensayos Completos*. Madrid, Catedra, 2004, pág. 634.

de las limitaciones arbitrariamente impuestas por la sociedad, de forma que la bondad natural del individuo pueda manifestarse. Baudelaire sin embargo, encuentra este camino hacia la ancestral humanidad en los placeres de la embriaguez y en su deseo por librarse de la asfixiante ortodoxia y el insatisfactorio racionalismo del sujeto burgués, por escapar de la corrupción del progreso material y la coerción que la moderna sociedad ejercen sobre él, recurre al opio que le devuelve a su naturaleza original.

“La expansión de los sentimientos benévolos causada por el opio no es un acceso de fiebre; es más bien el hombre primitivamente bueno y justo, restaurado y reintegrado a su estado natural, liberado de todas las amarguras que ocasionalmente habían corrompido su noble temperamento”<sup>45</sup>.

La experiencia narcótica es de nuevo un cauce para la evasión y la expansión del infeliz europeo, que en este caso no adopta la figura de un marajá o un faquir, sino el ser naturalmente bondadoso del salvaje que la perversión y el envilecimiento de la sociedad moderna han aniquilado. Evasión y expansión que evidenció el carácter indómito del romántico, reacio a aceptar cualquier forma de límite. Si en Oriente nuestros autores encontraron un espacio, (mental y físico), en que eludir las estrecheces de la moral y las convenciones de la época, la experiencia narcótica les brinda un horizonte aun más ambicioso. No es tan sólo el código moral, sino las propias leyes de la física las que se ven vulneradas por efecto de los vicios del hombre, que “por más horroroso-

---

<sup>45</sup> BAUDELAIRE, Ch., ob., cit., pág. 104.

sos que los supongamos, contienen la prueba, (¡aunque esta no fuera otra que su infinita expansión!), de su gusto por el infinito<sup>46</sup>. Espacio y Tiempo se manifiestan en absurdo desorden y el “soñante” se ve libre de su cruel dictadura. Parece esta la liberación definitiva, la abolición de todos los límites. Así, si en sus viajes y descripciones de Oriente muchos dieron constancia de lo sobrecogedor de la escala y dimensiones de su naturaleza y arquitectura, los escenarios que se abren a los ojos asistidos por el fármaco se expanden sin límite visible y, sobre cada ser, sobre cada cosa, se cierne una sensación de eternidad e infinitud que, si bien en ocasiones será celebrada por nuestros autores (“¡es la eternidad la que reina, una eternidad de delicias!”<sup>47</sup>, o “El Tiempo ha muerto; en adelante ya no habrá ni años, ni meses, ni horas; el Tiempo ha muerto y vamos a su entierro”<sup>48</sup>), no es menos cierto que este “sentimiento de eternidad y de infinito trae consigo la angustia y la opresión de la locura”<sup>49</sup>.

Esta desazón se extiende a toda la ensoñación y es propia de los imaginarios contruidos en torno a Oriente, en los cuales fascinación y terror convergen generando una suerte de atracción inquietante que aunque previene al soñante con funestos augurios, domina su espíritu. “Toda esta fantasmagoría, por bella y poética que fuera en apariencia, venía acompañada de una angustia profunda y de una negra melancolía”<sup>50</sup>. Tanto Oriente como la experiencia narcótica abren espacios que no conocen límites o coerciones, son privilegiados lugares de lo

---

<sup>46</sup> *Ibíd.* pág. 15.

<sup>47</sup> BAUDELAIRE, Ch. *Pequeños poemas en prosa*. Madrid, Aldus, 2009, pág. 87.

<sup>48</sup> GAUTIER, Theophile, *ob.*, *cit.*, pag. 41.

<sup>49</sup> DE QUINCEY, Thomas, *ob.*, *cit.*, pág. 134.

<sup>50</sup> *Ibíd.* pág. 112.



sublime, y si bien “tan extensas e ilimitadas vistas son tan agradables a la imaginación como lo son al entendimiento las especulaciones de la eternidad y del infinito”<sup>51</sup> y “en el pesar el placer es aun más elevado”<sup>52</sup>, el occidental desubicado pronto se ve abrumado por esta inquietante visión, esta belleza sobrecogedora que le aterra y traspasa, que excede su capacidad de percepción y adquiere “formas demasiado vastas para no convertirse en dolor para el ojo humano”<sup>53</sup>.

Podríamos comparar esta embriaguez a aquella que Loti atribuía a sus personajes cuando, ante lo vasto de los espacios, la desinhibición moral y súbita anomia del universo colonial, la desorientación concluía en trágico final para el occidental. Trágico final compartido por algunos autores atrapados bajo los imperios del opio (los casos de dependencia de Coleridge y Quincey son los más notorios). Pero, obviando funestos desenlaces, se hace evidente que los manjares orientales que han ocupado nuestra atención son para estos sensibles espíritus demoníacos el camino hacia una fugaz libertad ansiada, el acceso a lejanos escenarios soñados y la posibilidad de revestir todo aquello que les rodea, incluidos ellos mismos, de un encanto y misterio solo encontrado en las evocadoras fantasías orientales que poblaban sus obras. Bajo el influjo del opio o el haschisch “se diría que uno vive muchas vidas de hombres en el espacio de una hora ¿No sois entonces semejante a una novela fantástica que estaría viva en lugar de estar escrita?”<sup>54</sup>.

---

<sup>51</sup> ADDISON, Joseph. *Los placeres de la imaginación y otros ensayos*. Madrid, Antonio Machado, 1991, pág. 147.

<sup>52</sup> BURKE, Edmund R. *De lo sublime y de lo bello*. Madrid, Alianza, 2005, pág. 74.

<sup>53</sup> DE QUINCEY, Thomas, ob., cit.; pág. 118.

<sup>54</sup> BAUDELAIRE, Ch. *Los paraísos artificiales*. Madrid, Valdemar, 2013, pág. 40.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ADDISON, Joseph. *Los placeres de la imaginación y otros ensayos*. Madrid, Antonio Machado, 1991.
- ANDREWS, G. y VINKENOOG, S. *El libro de la yerba*. Madrid, Anagrama, 1977.
- BAUDELAIRE, Charles. *Los paraísos artificiales*. Madrid, Valdemar, 2013.
- *Pequeños poemas en prosa*. Madrid, Aldus, 2009.
- BURKE, Edmund R. *De lo sublime y de lo bello*. Madrid, Alianza, 2005.
- DE QUINCEY, Thomas. *Confesiones de un inglés comedor de opio*. Madrid, Alianza, 2008.
- ESCOHOTADO, Antonio. *Historia de las drogas*. Vol. 2, Madrid, Alianza, 1997.
- FOUCAULT, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Madrid, Paidós Ibérica, 2001.
- HAYFORD, C. W. "Draft Bibliography of American-East Asian Relations", en *Journal of American-East Asian Relations*, 1999.
- LOTI, Pierre. *Peregrino de Angkor*. Barcelona, Terra Incógnita, 2000.
- MONTAIGNE, Michel de. *Ensayos Completos*. Madrid, Cátedra, 2004.
- MONTESQUIEU, Charles de Secondat. *Cartas Persas*. Madrid, Losada, 2008.
- POE, Edgar Allan. *Cuentos Completos*. Madrid, Losada, 2010.

QUEROL SANZ, J. M. "Del burgués perdido al inmigrante desorientado, o de Pierre Loti a Michel Tournier. Notas sobre literatura colonial" en *Volubilis* n. 10, 2002.

RIMBAUD, Arthur. *Iluminaciones*. Madrid, Devenir 2006.

SAID, Edward W. *Orientalismo*. Madrid, Libertarias, 1990.

